

yo, y que temia que el parlamento, dueño del rey, no hiciera con la monarquía un acomodamiento fatal á la república, única garantía, según él de la fé puritana, hizo robar al rey, sin saberlo Fairfax, por uno de sus oficiales, á la cabeza de cinco hombres escogidos. Carlos, que preveía una suerte peor para él de los soldados que del pueblo, resistió en vano al emisario y á las órdenes de Cromwell. Signió al fin con pena á sus nuevos carceleros, que le condujeron al ejército inglés, cerca de Cambridge.

XXI.

El parlamento, afectado por el acto de omnipotencia del ejército, reclamó el rey. El ejército, ya acostumbrado á pretenderlo todo y á osarlo todo contra el poder civil, se declaró tumultosamente contra el parlamento y contra Fairfax su propio general, proclamando á Cromwell, mas querido al fanatismo puritano y á los soldados. Marchó sobre Londres arrastrando en su rebelion á sus generales.

El parlamento, trémulo, lo detuvo á las puertas de Londres condescendiendo á todos sus caprichos. Desde aquel dia, el parlamento, subyugado por el ejército, como el rey lo habia sido por el parlamento, no fué otra cosa que el instrumento de Cromwell. Apartó de su seno aquellos miembros que mostraron mas resolucion contra sus tropas. Cromwell y Fairfax trataron al rey con mas consideracion que los comisarios del parlamento; le permitieron ver su familia y sus hijos mas jóvenes, detenidos hasta entonces en Londres. Cromwell, que tenia hijos y que asistió á la entrevista de los del rey, derramó conmovido lágrimas. El hombre en él prevaleció sobre el sectario; no creía que su causa tuviese necesidad del suplicio, y si solo del destronamiento del rey. Mostró á su cautiverio todos los respetos y toda la compasion compatibles con la seguridad de su fé; no hablaba sino con tierna admiracion de las virtudes personales de Carlos, y de los sentimientos que la naturaleza hacia estallar en el padre y en el esposo.

Carlos, movido por estos respetos, y temiendo, por decirlo así, su córte en su prision, decía á Cromwell y á sus oficiales: «Por necesidad volveréis á mi seno; no podeis existir sin mí, y jamás podreis reorganizar la nacion sin mi monarquía.» El rey esperaba entonces mas del ejército que del parlamento. Díronle una mansion régia en el palacio de Hampton-Court, y fué allí, aunque prisionero, el centro y el árbitro de las negociaciones con los principales partidos que querian fortalecerse con su nombre, encadenándolo á su causa.

Estos tres partidos principales eran el ejército, el parlamento y los escoceses. Cromwell

é Ireton, su yerno, se creían los mas seguros de su influencia sobre el rey: una casualidad los desengañó. El rey, habiendo escrito una carta secreta á su esposa, encargó á uno de los criados de su confianza que ocultase esta carta en la silla de su caballo y la llevase á Douvres, donde barcas pescadoras servian su correspondencia con el continente. Cromwell é Ireton tenian sospecha de esta correspondencia. Quisieron asegurarse por sus propios ojos de los sentimientos íntimos del rey. Sabedores de la marcha del mensajero y del sitio donde habia ocultado su carta, montaron á caballo y se dirigieron de noche á Windsor, haciendo precediesen algunas horas al emisario del rey.

«Nos apeamos, cuenta Cromwell, en la fonda y bebimos allí cerveza durante una parte de la noche, hasta que nuestro espía vino á advertirnos que el mensajero del rey iba á pasar. Levantámonos, avanzamos con los sables desenvainados contra el hombre, y le dijimos teníamos orden de visitar todo lo que entraba y salía en la posada. Dejamos al hombre en la calle, llevándonos la silla del caballo á donde habíamos estado bebiendo, y habiéndola abierto, cogimos la carta, devolviendo luego la silla al mensajero, sin que sospechase hubiese sido registrada. Continué su camino creyendo llevar su secreto. Despues de su partida leímos la carta del rey á su esposa. Le decía en ella que todas las facciones intentaban atráerselo, pero que él creía deber pactar con los escoceses mejor que con los otros. Volvimos al campamento, y viendo que nada teníamos que esperar del rey, nos resolvimos á perderlo.»

XXII.

Dobláronse sus guardias; pero el rey las burló: seguido únicamente de Beraley y de Ashburnham, sus dos confidentes, atravesó de noche el bosque de Windsor, y marchó á las orillas del mar, donde no se encontró el barco que debia esperarlo. Buscó un asilo seguro é independiente en la pequeña isla de Wight, cuya fortaleza, mandada por un oficial que creyó adicto, le prometía seguridad: esperaba tratar libremente desde allí con su pueblo. Se apercibió sobrado tarde que era prisionero en el castillo del que habia creído ser su dueño. El gobernador obedecía en la apariencia á su rey y en secreto al parlamento.

Carlos pasó allí el invierno en negociaciones con los comisarios enviados por el parlamento. Durante estas inútiles negociaciones, Cromwell, Ireton y sus oficiales mas fanáticos, alarmados por estas transacciones, se reunian en Windsor en secreto consejo, y despues de haber en su fanatismo implorado con oracio-

nes y lágrimas las luces del cielo, tomaban la resolucion de proclamar la república, de juzgar al rey en un tribunal de estado, y de inmolarlo, decian ellos, á la salvacion del pueblo. «No hay paz posible, exclamaron, para la nacion, ni seguridad para los santos mientras este principe, aun dentro de los muros de una prision, sea el instrumento de las negociaciones de los partidos, la esperanza secreta de los ambiciosos, la esperanza ó la piedad de los pueblos.»

Una religion implacable inspiró á los fanáticos, el temor inspiró á los cobardes, la ambicion inspiró á los audaces, y la pasion de cada cual pasó á los ojos de todos por la respuesta del cielo. El crimen fué resuelto por un voto unánime. A datar de aquel dia este crimen consumado ya en el pensamiento de Cromwell, parece como que turbó su alma, arranca la inocencia á su religion, la sinceridad á sus palabras, la piedad á sus actos, y mezcla fatalmente en toda su conducta, la astucia del ambicioso y la crueldad del regicida á la supersticion del sectario.

No se lee ya en su alma con claridad: se hace oscuro y enigmático para los demas y para sí propio. Fluctua entre el fanatismo y el asesinato. Justo castigo de una resolucion criminal que toma el interés de su causa por un derecho de vida y de muerte sobre su victima, y que emplea el asesinato para hacer triunfar la virtud!

TERCERA PARTE.

I.

Cuando los conjurados militares de Windsor decretaban el arresto de Carlos, él mismo se lo habia impuesto ya en la isla de Wight, rompiendo con el parlamento las negociaciones harto exigentes, y negándose á firmar el envilecimiento de su corona. Desde este dia no se le dispensaron en su cautiverio respetos ni honores. Encerrado como en un calabozo en la cámara de un castillo fuerte, privado de toda comunicacion con sus amigos, no tuvo mas consuelo ni mas servidor durante el largo invierno, que un pobre anciano inválido que le encendía la lumbre y le llevaba el alimento. Durante esta absoluta y dura soledad, frente á frente á su destino y al ruido de las olas del Océano, fortificaba con la religion una alma fuerte en sí misma, aunque tierna, y se hacia superior á la muerte que todos los partidos anhelaban para él. Su vida habia llegado á ser la prenda que cada faccion temia abandonar á la faccion contraria. Ninguna odiaba al hombre, y

todas aspiraban á deshacerse del rey. Su muerte, como la de los proscritos Antonio, Octavio y Lépido en Roma fué el sacrificio mútuo que se hicieron las ambiciones ó las infamias opuestas.

Otra faccion mas radical, la de los niveladores, los comunistas religiosos de la época, se habia levantado ya en las tropas de Cromwell. Armada á su imitacion con los textos de la Biblia y del Evangelio, interpretados por ellos en el sentido de la igualdad absoluta de condiciones, y en el de particion de los dones divinos sobre la tierra, esta faccion que Cromwell habia suscitado á su antojo, fué por él enérgicamente ensañada en la sangre de algunos de sus propios soldados. El espíritu de secta desapareció en su alma bajo el espíritu de dominacion. Estraña del cielo teorías santas en sus aspiraciones, pero inaplicables á las sociedades humanas. Su buen talento le reveló esos dos instintos del Estado y de la familia, lo necesario del mundo y lo santo de la propiedad. Entró en Londres, y valiéndose del coronel Pride, hizo purgar al parlamento de los miembros que le resistian, y proclamar la república bajo el nombre de Convencion del pueblo.

El ejército y el parlamento, á instigacion de puritanos y republicanos, se decidieron á procesar al rey. Cromwell pareció todavía titubear ante tan enorme atentado. Ocupó su sitio en el parlamento, y en un discurso mas inspirado que político, fingió ceder á un ascendiente sobrenatural al consentir en el proceso del rey. «Si alguno, dijo con una emocion que se asemejaba á la demencia, si alguno me hubiera propuesto juzgar y castigar voluntariamente al monarca, yo lo hubiera mirado como al mayor de los traidores. Pero puesto que la Providencia y la necesidad nos imponen este triste deber, pediré al cielo derrame su bendicion sobre vuestras deliberaciones, aunque no estoy dispuesto á daros mi parecer sobre tan capital medida. Deberé confesaros, añadió con acento de interior humildad, que yo mismo, aun hace poco tiempo, cuando elevaba mis súplicas por la conservacion del soberano, sentí que la lengua se me adhería al paladar? Esta sobrenatural sensacion la he tomado por una respuesta dada á mis plegarias por el cielo que rechazaba al rey.»

Aquellas palabras recordaban el *Alea Jacta est* de César al lanzar su caballo en el Rubicon. Mas el Rubicon de Cromwell era la sangre de un inocente y de un rey, vertida por el crimen y por la ingratitud de su pueblo. Arrastrado el parlamento por la animosidad y la vehemencia de la pasion comun, votó el proceso. El coronel Harrison, hijo de un carnicero, hombre brutal por instinto y sanguinario por costumbre, fué á buscar al rey á la isla de Wight, como á una victima para el ara. Carlos al pasar por Windsor, por entre la sombra del castillo real de sus padres, oyó una

voz lastimera que le gritaba á través de los hierros de una prision: «¡Señor! ¡Señor! ¡Sois vos á quien vuelvo á ver así!» El rey reconoció en este prisionero uno de sus antiguos servidores, Hamilton, prisionero como él, y como él destinado al cadalso. «Si, le respondió el rey, soy ahora lo que siempre he querido ser por vosotros.» El feroz Harrison no permitió mas palabras al rey y al servidor, y obligó al monarca á andar mas de prisa; Hamilton le siguió con los ojos, con el gesto y hasta con la voz.

Un alto tribunal de justicia compuesto de trescientas treinta y tres personas, de las cuales solo setenta permanecieron sentadas; esperaba al príncipe en Londres. Fué alojado en su propio palacio de White-Hall, convertido en prision.

Apenas podia la mirada reconocer la noble figura de este príncipe, llena otras veces de tanta gracia, nobleza y serenidad. Desde su solitario cautiverio del castillo de la isla de Wight, se habia dejado crecer la barba, y la sombra de su calabozo parecia haber teñido su frente con una tinta pálida. Llevaba con anticipacion el luto por su muerte. Ya no esperaba nada de la tierra, y así sus miradas como sus pensamientos, solo se volvían hacia la eternidad. Ninguno estuvo jamás tan preparado para sufrir la iniquidad de los hombres.

Los jueces se reunieron en la estensa sala gótica de Wesminster, palacio de los Comunes. Al primer llamamiento de los miembros que debían componer el tribunal, cuando se pronunció el nombre de *Fairfax*, ausente, una voz salida de entre la multitud de espectadores respondió: «El tiene demasiado juicio para estar aquí.» Cuando se leyó el acta de acusacion contra el rey en nombre del pueblo de Inglaterra, la misma voz exclamó: «Ni siquiera en el de una décima parte del pueblo.» El oficial de ejército, comandante de la guardia del salon, mandó hacer fuego hácia la tribuna de donde salieron estos insolentes mentis á la nacion. Al indagar quienes fueron los culpables, se supo que esta voz era la de lady *Fairfax*, esposa del generalísimo *Fairfax*. Esta muger, antes arrastrada como su marido á la causa del parlamento por espíritu de partido y por adhesión á su esposo, temblaba entonces, como *Fairfax* mismo, por las consecuencias de su arrastramiento, y rechazaba con todo el ánimo de su indignacion y su piedad, la desgracia que habia tenido de conducir la victima al pie de los jueces.

II.

El rey escuchó esta protesta de arrepentimiento y perdonó de corazón á *Fairfax* triun-

fos que no deseaba llevar hasta la muerte, y hasta la degradacion mucho menos. Se le leyó el acta de acusacion, fórmula vana en que las palabras traidor, tirano y enemigo público, sirven de injuria á todos los partidos, y de crimen á las victimas vencidas. Preocupado sobre todo con no envilecer la magestad indeleble de los reyes, de la que se ereia depositario y responsable á la constitucion y á todos los monarcas, respondió que no descenderia á justificarse ante semejante tribunal, tribunal que le prohibían reconocer tanto la religion como las leyes de Inglaterra. «Dejo, pues, á Dios, dijo al acabar, el cuidado de mi justificacion, temeroso de que si con mis descargos ratifico en vosotros una autoridad, que no tiene mas fundamento que el que le han dado ladrones y piratas, recaiga sobre mi la censura de la constitucion, en vez de hacerme estimar y aplaudir como su martir.»

El presidente Bradshaw calificó como una blasfemia esta noble recusacion del rey: sus palabras, á las cuales privaba el despecho de toda dignidad y justicia, mezclaron el insulto de los revueltos vasallos con la impasibilidad de los jueces. Los grupos de soldados con que Cromwell habia guarnecido el parlamento imitaron los ultrages de Bradshaw contra aquel que habia sido su rey, y era entonces su vencido. En el momento en que Carlos de vuelta á White-Hall atravesaba sus filas, prorumpieron en gritos de muerte y le escupieron al rostro. Carlos sin irritarse ni humillarse por estas profanaciones hechas al rango y á la desgracia en su persona, levantó los ojos al cielo, y resignado llamó en su ayuda á los mismos ultrages sufridos con paciencia por el Hombre-Dios, cuya fe profesaba. «Estos son los soldados, dijo á los que le acompañaban, pobres mercenarios pagados para maldecirme hoy, y que maldecirán mañana á sus actuales gefes si yo á mi vez los pagase.» La versatilidad del ejército habia herido vivamente su espíritu desde la revolucion, y le inspiraba mas piedad que cólera.

Sin embargo, un solo soldado de entre todos protestó contra la infamia de sus compañeros. Al ver pasar por delante de él á su rey destronado, se hincó de rodillas y demandó justicia al cielo para «la magestad degradada de esta cabeza real.» Los oficiales que se hallaban presentes en este acto de piadosa compasion de un simple soldado hácia el infortunio de su monarca, le dieron de golpes con sus espadas, y castigaron piedad y plegaria como dos crímenes. Carlos apartó la vista de esta escena de ferocidad: «¡Oh! ¡qué suplicio! dijo, y por qué falta!»

El pueblo enteramente atemorizado por el ejército de Cromwell, fué inmóvil espectador del proceso, concretándose á manifestar con su silencio y su tristeza sombría, el dolor y la repugnancia que inspiraba á la nacion aquella

tragedia. Esperábase que el ejército, despues de haber obtenido la condenacion, evitaria á la Inglaterra la vergüenza del suplicio; pero el rey mismo no esperaba tanto de los hombres.

Los republicanos no querían consagrar, con una indulgencia que hubiera parecido supersticion los derechos de los infantes á la corona. Además, Cromwell no se hacia ilusion alguna acerca de la reaccion inevitable de la monarquía despues de un eclipse mas ó menos largo: conocia demasiado á los hombres para recrearse con el pensamiento de cimentar una dinastía de su sangre; tenia además mucho desinterés religioso para desear esta gloria. La gloria breve de la tierra desaparecia á sus ojos ante la del cielo. La ambicion vehemente de su eterna salud y la de sus hermanos eran en el fondo su sola ambicion; pero queria que la república, cimentada en la sangre del rey, é intimidando con esta sangre las tentativas monárquicas, durase al menos el tiempo necesario para establecer la libertad religiosa, para que el catolicismo ó la iglesia anglicana, apoyados por la monarquía en los tres reinos, no pudiesen prevalecer contra los libres creyentes. En las cartas, en las confidencias y en las conversaciones de Cromwell con su familia en aquella época, todo atestigua que este fué su único pensamiento al lanzar á Carlos en brazos de la muerte. Este desinterés sobrenatural de sí mismo en aquella crisis de su vida, atenuó la iniquidad y la ferocidad de su accion, y le dió, admitiendo su inspiracion interrogada y obedecida, aquella serenidad, aquella quietud inalterable del rostro y de las palabras que los historiadores han tomado por crueldad, y que no fué otra cosa que fanatismo.

Este fanatismo tranquilo que Mr. Villemain llama elocuentemente la *alegría del crimen*, se reveló durante los últimos dias del proceso por medio de las palabras y gestos mas oñicos. El sectario soldadesco reemplazó completamente en Cromwell al hombre de carne y hueso. Marido tierno para con su esposa, padre de familia complaciente hasta la debilidad para con sus hijos, no respetó ni al marido, ni al padre, ni á los hijos en la victima que ofrecia á Dios, semejante á un gefe de la ley antigua, á quien un implacable profeta de la Biblia hubiese ordenado la muerte de un rey enemigo de su pueblo. Su corazón se habia impregnado de toda la ferocidad de aquellos tiempos bíblicos. Blandia el cuchillo con mano tan obediente como la que habia blandido la espada. El sacrificio de Carlos I fué un sacrificio menos inglés que hebraico. Cromwell concedió con pena á su rey el espacio de tres dias que le habia pedido despues de su arresto para prepararse á la muerte y consolar por sí mismo á su esposa ausente y á los tres hijos que conservaba consigo. Burló con miserables é irónicos subterfugios la piedad y la indecision de los generales menos endurecidos que él, y que le presentaban de relieve lo enorme,

lo inútil, lo bárbaro de la ejecucion. Eludió también las súplicas de los embajadores extranjeros que le ofrecían el cange de la vida de Carlos por las seguridades mas latas de alianza, y por tributos en favor de Inglaterra, y hasta en el suyo. Desatendió implacable la intercesion del coronel sir *John Cromwell*, su pariente cercano. Contestó á todos que el oráculo y la inspiracion, consultados de nuevo en sus oraciones, respondían siempre, á pesar de sus lágrimas, con la palabra del fanatismo: ¡la muerte! Otro de sus parientes, el coronel *Inglolsby*, habiendo entrado por casualidad en el salon en que los oficiales firmaban la sentencia del parlamento, rehusó autorizar con su nombre un acta que rechazaba su conciencia; *Cromwell* se levantó de su sillón, y enlazando á *Inglolsby* con sus brazos, como si la muerte del rey fuera una chistosa jovialidad propia de los campamentos, en la que se emplea una dulce violencia, arrastró al coronel hácia la mesa, y colocando la pluma en su mano, le obligó á que firmara. Cuando todos hubieron estampado sus nombres, de grado ó por fuerza, *Cromwell*, cual si no pudiese contener su alegría, arrebató la pluma de manos del último de los oficiales, la mojó en tinta y salpicó alegremente el rostro de su vecino, sin pensar, ó pensando acaso, que aquella tinta era la sangre de su rey.

III.

Jamas un mismo día ha mostrado mas claramente en el sacrificador y en la victima el contraste entre la ferocidad del fanático y la santidad del hombre verdaderamente piadoso. Mientras que Cromwell jugaba de este modo con la muerte, los tres dias de treguas concedidos al soberano por el *decorum* de la justicia política, revelaban al mundo todo lo que el corazón de un rey, de un hombre, de un esposo, de un padre, de un cristiano, puede contener de heroísmo, de acendrada ternura, de resignacion, de esperanzas inmortales y de santidad. Aquellos dias y aquellas noches supremas, minuto por minuto, fueron empleados por Carlos únicamente en vivir hasta el último instante con la serenidad sobrenatural de un sabio para quien la vida toda no hubiese sido mas que el aprendizaje de la muerte, ó de un hombre que hubiese tenido ante su vista la seguridad de una vida mas larga. Pasatiempos de resignacion, ejercicios piadosos, exámenes severos de conciencia, miradas sobre su anterior conducta, remordimientos de haber abandonado á *Strafford* por transigir una dificultad de reinado que él juzgaba inevitable, y sobre todo menos gloriosa, preocupaciones reales y patrióticas sobre la suerte futura de aquel rei-

no que iba á dejar abandonado á los azares de un sombrío porvenir; en fin, los recuerdos del amante hácia una esposa jóven, hermosa, siempre adorada, y los del padre hácia sus hijos de corta edad que dejaba en Inglaterra en manos de sus implacables enemigos, llenaron aquellos días y aquellas noches fúnebres de tre-gua, de oraciones, de lágrimas, de recomendaciones de su alma á Dios, pero sobre todo de paz: de la paz de lo alto, que desciende á través de los muros del calabozo á la conciencia del inocente y del justo. De todas las agonías históricas de nuestros tiempos, aun comprendiendo la de Luis XVI en el Temple, la que se asemeja mas al fin de un filósofo antiguo, es la del fin de Carlos I. La magestad y la religion añaden á estas dos muertes algo de mas augusto y mas divino que en las muertes filosóficas de la antigüedad. Parece existir entre el trono y el cadalso un abismo mas difícil de franquear que el intervalo entre la vida y la muerte ordinarias. Se dejan siempre la grandeza y la felicidad humanas, pero es mas admirable dejarlo todo con la sonrisa de la paz.

Aunque la virtud fuese igual en estos dos monarcas, la de Carlos era aun mas resplandeciente, porque Carlos I. fué heroico, al paso que Luis XVI solo fué santo. En Carlos I. residia la entereza de un grande hombre; en Luis XVI. solamente la resignacion de un gran mártir.

IV.

La naturaleza combatia, (esto es, ese sublime patético de las últimas horas, en que nada hay que nos parezca hermoso fuera de la naturaleza), combatia, decimos, mas sin vencer su ánimo, cuando fué preciso decir adios á sus queridos hijos. Estos eran la princesa Isabel, el duque de Gloucester y el duque de York, en edad apenas de poder llorar el padre que iban á perder. Su madre habia arrebatado los otros al parlamento, como hizo con el príncipe de Gales, y los retenia en Francia, aguardando el momento de recuperar el trono y vengar á su padre. La princesa Isabel, por sus años, era de mas madura razon, y mas capaz de sentimiento. Las vicisitudes, las fugas, los cautiverios, las lágrimas interiores de su familia de que habia sido testigo desde la cuna, habian desarrollado su inteligencia en la desdicha, que es en los niños una mudurez precoz del corazon. Su padre se complacia al encontrar en ella la gracia y la sensibilidad de la madre ausente. Ella la reemplazaba en la confianza del moribundo. Carlos, satisfecho, creyó que retendria todos sus pensamientos, y que sabria transmitirles todo el fuego de sus últimas ternuras para su querida esposa. «Dila, recomendó á su jóven hija, que durante todo

el curso de nuestra union, jamás he faltado, ni aun de pensamiento, á la fidelidad que le debo, mas por cariño que por obligacion, y que mi amor durará tantos minutos como mi existencia. Dejaré de amarla en el mundo para amarla de nuevo en la eternidad.»

Después, sentando sobre sus rodillas al pequeño duque de Gloucester, de edad de cinco años, y queriendo grabar en la mente del niño por medio de una imágen trágica la recomendacion que en él hacia á sus hermanos: «Hijo mio, le dijo gravemente, van á cortar la cabeza á tu padre.» Esta imágen, en efecto, sobrecogió al niño, y atrajo sus miradas hácia el rostro de Carlos. «Si, prosiguió el monarca, insistiendo en imprimir aquel recuerdo por medio del horror, de una manera indeleble en la tierna imaginacion del duque: si, van á cortarme la cabeza, y acaso querrán hacerte rey! Mas presta mucha atencion á lo que te advierto: tú no debes ser rey mientras vivan tus hermanos Carlos y Jacobo. Cortarán la cabeza á tus hermanos si llegan á poner sus manos sobre ellos, y quizás al cabo tambien te la cortarán á tí. Yo te ordeno el no sufrir que te hagan rey.» El niño, cuya inteligencia parecieron iluminar una escena tan lúgubre y una recomendacion tan solemne, y penetrado de una obediente obstinacion superior á su edad, exclamó resueltamente: «¡No, yo no lo seré! ¡No lo seré nunca! ¡Antes me dejaria dividir en pedazos!» Carlos creyó entrever en este heroismo de aquella voluntad pueril, una intervencion divina que le aseguraba por voz de sus hijos la inocencia y la probidad de su raza en la competencia de su trono después de él, y lloró de alegría al devolver al duque de Gloucester á los brazos de los carceleros.

V.

Desde la cámara del rey en el palacio de White-Hall, se escuchaban los martillazos de los obreros que aseguraban los clavos y peldaños de la escalera del cadalso, construido con grande actividad de dia y de noche contra las paredes del palacio. Estos preparativos que multiplicaban en el rey la sensacion de su muerte por cada uno de sus sentidos, ni abreviaron su sueño, ni interrumpieron sus piadosas y tristes ocupaciones. Al aparecer el dia del suplicio le encontró de pie antes de la aurora. Llamó á Herbert, el solo servidor que se le habia dejado, y le recomendó que emplease mas cuidado y mas tiempo en vestirlo que los dias ordinarios, á fin de que su exterior tuviese una apariencia de fiesta, *en una tan grande y tan dichosa solemnidad, dijo, como lo es el fin de mis penas aqui abajo, y mi entrada en la eternidad.* Pasó la mañana encerrado y

en oracion con el obispo de Londres, el venerable y elocuente *Juxton*, hombre digno por su piedad y su virtud, de comprender, de servir y de igualar semejante muerte. Las ocupaciones de ambos eran solo para el cielo. Los oficiales de Cromwell les interrumpieron para anunciarles que habia sonado la hora del suplicio, y que el cadalso aguardaba su víctima. Estaba construido en el palacio, frente á la grande plaza de White-Hall. Se llegaba hasta él á pie firme, pasando por una ventana de la galería del palacio. Carlos marchó con un paso seguro y lento, que ni retrasaba ni precipitaba el momento supremo, como si hubiese temido avanzar ó retardar voluntariamente la hora de Dios. Una masa compacta de oficiales y soldados de Cromwell, rodeaba el patíbulo. El pueblo de Londres y el de las provincias circunvecinas, llenaban la plaza, los tejados, los árboles, los balcones de todos los lugares de la ciudad desde donde podia dominarse el de la ejecucion: unos para ver, otros para gozar, la inmensa mayoría para llorar y estremecerse. Sabiendo Cromwell el horror general que inspira á la mayor parte del pueblo el suplicio de un rey, que considera como una especie de deicidio, y queriendo prevenir efecto que las palabras supremas de Carlos pudieran producir en su favor sobre el ánimo de la multitud, habia hecho situar al pueblo mas allá de lo que la voz alcanzase. Pero el cadalso tiene ecos que hacen resonar hasta las estremidades de la tierra y de los tiempos las últimas palabras y los últimos suspiros. El coronel Tomlinson, elegido por Cromwell para custodiar al rey y para conducirle al cadalso, habia sido transformado por el espectáculo continuo de la intrepidez, de la resignacion y de la magestad del soberano. El carcelero habia llegado á ser el amigo y el consolador del cautivo. Los oficiales que rodeaban á Tomlinson experimentaban en su mayor parte ese sentimiento de compasion y ese culto involuntario hácia la inocencia condenada que la Providencia reserva ordinariamente para los moribundos, como el último adios de la tierra y la conciencia de la justicia errónea de los hombres. En medio de este cortejo de enemigos encarnizados ó amigos que solo podian llorar, Carlos, de pie, y mas rey que nunca sobre el camino del trono eterno, tomó la palabra reservada en Inglaterra á los sentenciados á la última pena, y que les da el fúnebre privilegio de hablar los últimos en su propia causa.

Después de haber justificado plenamente su inocencia, y demostrado que al tomar las armas después que el parlamento las habia tomado tambien, no hizo otra cosa que cumplir con su deber de rey, y esto para defender con la prerogativa real una parte fundamental de la constitucion, de que era responsable á sus sucesores, al reino y á Dios mismo; reconoció con una humildad enteramente cristiana, que si era inocente ante la ley, de los crímenes por

los cuales se le hacia morir, no lo era ante su propia conciencia de debilidades y faltas, justamente espiadas con la muerte, que aceptaba sin murmurar. «He ratificado infamemente, dijo aludiendo á Strafford, una injusta sentencia, y la que yo voy á sufrir ahora, es una justa retribucion de mi Creador, que me castiga con la misma pena que yo he castigado á un inocente. A nadie de entre vosotros hago responsable de la muerte á que estoy condenado por la justicia divina, á la que sirve de instrumento la humana. Doy mi sangre toda á vosotros y á mi pueblo, no pidiendo otra compensacion por mi suplicio, que la vuelta de esta nacion á la paz, y la felicidad que se debe á mis hijos.»

A estas palabras todos los ojos se inundaron de lágrimas. Carlos concluyó con un adios á los que habian sido sus súbditos, con una invocacion al que iba á ser su juez verdadero, incorruptible y misericordioso á la vez. Solo se oian sollozos en los intervalos de sus enagenamientos supremos. Su amigo el obispo Juxton, que le asistia á la muerte, en el momento en que se dirigia al tajo, le dijo:

«Señor, no os resta mas que un último paso, penoso y repugnante á la naturaleza, pero breve. Pensad que en un segundo os va á conducir muy lejos, es decir, desde la tierra al cielo, y que allí vais á recibir con alegría infinita é inefable el precio de vuestro sacrificio, y una corona que nunca se desprende de la sien.»

«Si, interrumpió Carlos para acabar por sí mismo con una calma perfecta la exhortacion de su último amigo: trueco una corona corruptible por otra á la cual no llega ninguna corrupcion, y estoy seguro de poseerla enteramente sin temblar...»

Iba á continuar, pero viendo á uno de los ayudantes del ejecutor que andaba torpemente con el hacha, colocada al lado del tajo, y que podia mellarla multiplicando luego los dolores del golpe: *no toqueis al hacha*, le gritó con voz fuerte y vibrante, y con acento de legitima cólera. Oró un momento en voz baja, y luego, acercándose al obispo Juxton para abrazarle, le estrechó la mano con fuerza, y como para grabar profundamente en su memoria una recomendacion, le dijo esta sola palabra: *Remember!* es decir, *¡Acordaos!* Esta palabra enigmática, á la que se le han atribuido después sentidos misteriosos y forzados, no era otra cosa que la recomendacion hecha á Juxton por el rey de ordenar á sus hijos cuando fuesen mayores el perdon de sus enemigos, caso de que ocupasen el trono. El rey se arrodilló y puso tranquilamente su cabeza sobre el tajo. Dos hombres enmascarados, que se ha supuesto haber sido Cromwell y uno de sus generales adictos, se apoderaron entonces de Carlos y lo dispusieron respetuosamente para la ejecucion; el uno de ellos alzó el hacha y le cortó la cabeza de un solo golpe; el otro, alzándola del

pavimento del cadalso, sobre el cual rodó bañada en sangre, la mostró al pueblo gritando: «¡Ved la cabeza de un traidor!»

Un inmenso mormullo, primera indignación de la conciencia popular, se levantó de la muchedumbre inmensa de espectadores, al oír este grito, ultraje que traspasaba los límites de la muerte misma. Las lágrimas de la nación protestaron contra la ferocidad de los verdugos del ejército. Inglaterra creyó sentir sobre ella el crimen y las espionajes futuras de un paricidio. Cromwell se hizo potente, mas odioso. Para la opinión pública, el sacrificador se asociaba en él al político y al héroe. La libertad no podía guarecerse por mas tiempo voluntariamente bajo el hombre que de tal modo había consternado su poder y su memoria. Cromwell no podía gobernar sino con el auxilio del ejército, vendido y cómplice por la soldada, porque el ejército sirve y no discute, y su tropa de hambrientos saciados, solo tenía su soldada por conciencia; fué conducido á la dictadura por su crimen.

El parlamento estaba muy plegado á la voluntad del ejército, y era muy incompatible con el sentimiento público de la Inglaterra, para poder oponerse á Cromwell; á fin de asegurarse un protector, fué preciso aceptar un tirano; votó la supresion de la monarquía, pero no la de la servidumbre. Los hijos del rey fueron un estorbo: se deliberó si debería ponerse en aprendizaje á la princesa Isabel con un fabricante de botones de la ciudad, pero la hija querida del rey, mas adelantada en el dolor que sus hermanos, falleció de pena por el suplicio de su padre. Al duque de Gloucester se le envió con su madre á Francia.

VI.

Un libro terrible, obra y justificación póstuma de Carlos I, titulado *Licon-Basiliki*, como una voz subterránea de la apenas cerrada tumba del rey, hizo estremecer hasta el delirio la conciencia de Inglaterra. Era la apelacion de la memoria y la virtud para ante la posteridad. Este libro, esparcido profusamente en el pueblo y en toda Europa, formuló un segundo proceso, proceso eterno entre los monarcas y sus jueces. Intimidado Cromwell por el inmenso mormullo que este libro levantó contra él, buscó entre los republicanos sus afectos, la voz de un vivo bastante fuerte para contrarrestar la del muerto.

Encontró á Milton, el mas épico de los poetas, y el solo inmortal de los republicanos de Inglaterra. Milton volvía de Italia: con el polvo de los Brutos y de los Casios había respirado los miasmas del asesinato político, justificado, según él, con la tiranía. Había contraído en sus relaciones literarias con los grandes reuerdos

populares de la antigüedad, la noble pasion de la libertad republicana. Vió en Carlos I un tirano, y en Cromwell un libertador; creyó servir á la causa oprimida de los pueblos, combatiendo el privilegio de la inviolabilidad de la vida de los reyes; pero cometió la vileza de ensalzar la causa del sacrificador sobre la de la víctima. Su libro consternó al mundo. Cuestiones son estas que deben tratarse con la espada, jamás con la pluma. Siempre que la muerte de uno se hace para todos origen de una polémica, es infame cuando no criminal, y el hombre justo y generoso se abstiene igualmente de justificarla, ya sea por equidad, ya por demencia. El libro de Milton, pagado con el reconocimiento de Cromwell y con la plaza de secretario del nuevo consejo de Estado bajo el gobierno republicano, es una mancha de sangre sobre su gloria. Mancha purgada en su ancianidad cuando ciego, indigente y proscrito como Homero, celebró como él en un poema divino la primera inocencia del mundo, las agitaciones de los infiernos, las facciones del cielo y el triunfo de la eterna justicia sobre la rebelion del espíritu del mal.

VII.

Obligado Cromwell á imponer silencio para conservar la tiranía, hizo que su parlamento suprimiese la libertad de imprenta. Tembló un momento ante la faccion popular de los niveladores, que pretendian sacar de la igualdad evangélica consecuencias antisociales é igualdad y comunidad de bienes. Comprendió por segunda vez que todo dictador que abandona la sociedad al pillage, y la familia á los azares de esas fantasías destructoras de la propiedad y de la herencia, únicos elementos de existencia del género humano, sería un jefe de bandidos y no un jefe de gobierno. Su buen juicio le demostró la imposibilidad de entrar en razonamientos con semejantes niveladores, y la precision de establecer un limite entre ellos y la sociedad, la propiedad, la herencia y la familia, ese hogar sagrado de las naciones. «Nada de términos medios,» exclamó delante del parlamento y de los principales jefes del ejército: «Es necesario reducir á polvo ese partido ó resolverse á que él lo haga con nosotros.» Los niveladores desaparecieron ante estas frases, como desaparecieron algunos años despues ante la insurreccion de Londres á favor de Carlos II, como desaparecerá siempre el imposible ante la realidad.

Al fin todas estas facciones que trabajaban al pueblo y al ejército, decidieron á Cromwell á ir á subyugar la Irlanda indómita y anárquica. Partió como un rey en una carroza tirada por seis caballos, escoltado por un escuadrón

de sus guardias, del parlamento y del consejo de Estado, que le acompañaron hasta Breufford. El marqués de Ormond, que capitaneaba el ejército realista de los irlandeses, fué vencido delante de Dublin. Cromwell trocó la victoria en carnicería, y no pacificó á Irlanda sino con su sangre. Llamado á Londres despues de nueve meses de combates y suplicios, á consecuencia de los estremecimientos de Escocia, confió á Irlanda al cuidado de su lugarteniente Ireton.

VIII.

La causa realista renacia de sus raíces á su paso. El príncipe de Gales, hijo primogénito de Carlos I, hecho rey por el suplicio de su padre, pero abandonado y cobardemente espulsado por las complacencias del cardenal Mazarino hácia Cromwell, se había refugiado á Holanda, despues á la pequeña isla de Jersey, para espiar el momento de volver á Inglaterra por la Escocia. El parlamento escocés, compuesto de presbiterianos fanáticos, pero tan enemigos de la religion independiente de Cromwell como lo eran del papismo, trataban acerca del trono con el príncipe de Gales. No se le pedia por condicion de su restauracion en Escocia otra cosa que reconocer la iglesia escocesa. Esta iglesia presbiteriana era una especie de misticismo bíblico, feroz, diciéndose inspirado, fundado sobre las ruinas del catolicismo por un profeta llamado Knox; la espada en mano; la escomunion en los labios, la supersticion en el corazon. Verdadera religion de guerra civil, reemplazando una intolerancia on otra, y dando á la ferocidad del pueblo el pretexto de la mas irritante santidad. La Escocia recordaba en aquellos momentos una tribu hebrea, gobernada por un espíritu que se pretendia divino, interpretado por sus inspirados y por sus sacerdotes. Era la teocracia de la demencia, las prácticas eran dignas del dogma. Una supersticion sincera en los unos, una sombría hipocresia en otros, imprimía á las costumbres, al gobierno y al mismo ejército, una austeridad y una impiedad implacables, que recordaban en aquella insurreccion contra el catolicismo, el silencio, los terrores y las hogueras de la Inquisicion española. El príncipe de Gales, jóven, bello, ligero, voluptuoso, incrédulo, verdadero Alcibiades inglés, condenado á gobernar una nacion de sectarios supersticiosos y crueles, vacilaba en aceptar un trono, sobre el cual no podia mantenerse sino fingiendo el mismo fanatismo y la misma hipocresia que su parlamento ó rebelándose temerariamente contra el yugo de sus sacerdotes.

Ademas, en los mismos momentos en que el parlamento escocés le ofrecia la corona á tan vil precio, otro hombre se la prometia mas libre y mas gloriosa en premio de sus hazañas.

Era el jóven Montrose, uno de esos héroes tronchados en flor, que participan de la antigüedad y de la edad media por su naturaleza, y que los historiadores de aquel tiempo comparan á los héroes de novela y á los héroes de Plutarco.

Montrose era un noble escocés, de alto rango y opulenta fortuna. Despues de haber combatido á la cabeza del ejército realista por Carlos hasta la estincion de la causa real, se había refugiado en el continente: su nombre, su causa, sus hazañas, su juventud, su belleza, las gracias de su conversacion, su carácter, le habían preparado en las córtes de Alemania una acogida simpática para su pensamiento de restauracion del trono legítimo en su patria. Despreciaba y detestaba á los puritanos fanáticos, lepra de su pais. Era adorado de los CLANS montañeses, pueblo rural y belicoso, vendedores de la Escocia que no reconocian otra cosa mas que su espada y su rey. Montrose, despues de haber alistado á su costa quinientos soldados alemanes para servir de núcleo al ejército que sus pasos harian levantar por Carlos II en aquellas montañas, desembarcó en Escocia, combatió como aventurero y como héroe, á la cabeza de los primeros grupos de sus partidarios; pero rodeado por el ejército del parlamento de Escocia, antes de haber insurreccionado todas sus tribus, fué vencido, herido, encadenado y llevado pomposamente á Edimburgo para servir allí de juguete y de víctima al fanatismo de los sacerdotes y del parlamento. Con la frente descubierta y cicatrizada de sus heridas, con sus vestidos rojos de sangre, con una cadena de hierro al cuello, con otras dos pendientes de sus brazos y atado por otra á los cubos de las ruedas de su carreta, marchando el verdugo á caballo delante del carro, entró en medio de los salmos y de los insultos de los parlamentarios y de los curas en Edimburgo. El pueblo lloraba, pero ocultaba sus lágrimas por miedo de que su compasion no pareciese impia á los presbiterianos de Knox. Los sacerdotes, al siguiente domingo, predicaron contra aquellas lágrimas piadosas, y decian que la dureza de los corazones era el sello de los escogidos. Citado ante el parlamento, trocado en tribunal, Montrose defendió elocuentemente su honor, no su vida. Su discurso iguala las oraciones de Roma ó de Atenas. Una muerte pronta é ingeniosa respondió á este discurso. Los sacerdotes presbiterianos, bajo pretexto de rogar por su salvacion, despues de haber pedido su sangre, vinieron á ultrajarle en su prision con su irrisoria caridad. «¡Tened piedad, Señor, decian en alta voz de este incrédulo, de este malvado, de este traidor, que solo va á pasar desde el cadalso de su suplicio, al suplicio eterno reservado á sus impiedades!»

Le anunciaron que su sentencia le condenaba á ser colgado de una horca de treinta pies de altura, donde permanecería espuesto tres